

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año LII, número 20 (2.666)

Ciudad del Vaticano

15 de mayo de 2020

CREYENTES UNIDOS PARA PEDIR EL FIN DE LA PANDEMIA



En el Regina coeli el Pontífice recuerda el 70º aniversario de la Declaración Schuman

Que la Unión europea afronta la pandemia en espíritu de concordia y colaboración

Nuevo llamamiento para el Sahel a cuarenta años de la primera visita de Juan Pablo II en África

Setenta años después de la histórica Declaración del entonces Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Robert Schuman, que inspiró el proceso de integración de los pueblos del viejo continente, el Papa lanzó un nuevo llamamiento a los responsables de la Unión Europea, instándoles a «hacer frente a las consecuencias sociales y económicas de la pandemia con un espíritu de armonía y cooperación». Sus palabras resonaron al final del Regina Coeli el domingo 10 de mayo, rezado al mediodía por la biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano, a causa de las medidas de distanciamiento social en vigor para contrarrestar la propagación del contagio. Anteriormente el Pontífice había introducido la antifona mariana con una reflexión sobre el pasaje litúrgico del Evangelio de Juan (14, 1-2) que relata el «discurso de despedida» dirigido por Jesús a los discípulos al final de la Última Cena

Queridos hermanos y hermanas,
¡buenos días!

En el Evangelio de hoy (cfr Juan 14, 1-12) escuchamos el inicio del llamado “Discurso de Despedida” de Jesús. Se trata de las palabras que Jesús dirige a sus discípulos al terminar la Última Cena, poco antes de enfrentarse a su Pasión. En un momento tan dramático, Jesús comenzó diciendo: «No se turbe vuestro corazón» (v. 1). También nos lo dice a nosotros, en los dramas de nuestras vidas. Pero, ¿qué debemos hacer para que no se turbe nuestro corazón? Porque el corazón se turba. El Señor nos receta dos remedios para esa angustia. El primero es: «Creed en mí» (v. 1). Puede parecer un consejo un poco teórico, abstracto. Sin embargo, Jesús quiere decirnos algo bastante preciso. Él sabe que, en la vida, la peor ansiedad, el turbamiento, viene de la sensación de no lograr algo, del sentirse solos y sin un punto de referencia ante lo que nos sucede. Este angustia, en la que a la dificultad se le añade mayor dificultad, no la podemos superar solos. Necesitamos la ayuda de Jesús, y por esto Jesús nos pide que tengamos fe en Él; es decir, de no apoyarnos en nosotros mismos sino en Él, pues la liberación de esta angustia viene a través de la confianza. Confiarse a Jesús, dar el “salto”. Y esta es la liberación de la angustia. Y Jesús ha resucitado y está vivo precisamente para estar siempre a nuestra vera. Ahora podemos decirle: “Jesús, creo que has resucitado y que me acompañas. Creo que me escuchas. Te ofrezco todo lo que me turba, mis problemas: tengo fe en Ti y me confío a Ti”.

Además, hay un segundo remedio para la angustia que Jesús expresa del siguiente modo: «En la

casa de mi Padre hay muchas mansiones; [...] voy a prepararos un lugar» (v. 2). Esto es lo que hace Jesús por nosotros: nos ha reservado un lugar en el Cielo. Tomó nuestra humanidad sobre sí mismo para llevarla más allá de la muerte, a un nuevo lugar, al Cielo, porque ahí es donde está Él, nosotros también. Es la certeza que nos reconforta: hay un lugar reservado para todos. Hay un lugar para mí también. Cada uno de nosotros puede decir: hay un lugar para mí. No vivimos sin rumbo ni destino. Se nos espera, somos preciosos. Dios está enamorado de nosotros, somos sus hijos. Y para nosotros ha preparado el lugar más digno y hermoso: el cielo. No olvidemos: la morada que nos espera es el Cielo. Aquí estamos de paso. Estamos hechos para el Cielo, para la vida eterna, para vivir para siempre. Para siempre: es algo que ni siquiera podemos imaginar ahora. Pero aún más bello es pensar que esto será para siempre en alegría, en la comunión plena con Dios y con los otros, sin más lágrimas, sin más rencores, sin divisiones ni angustias.

Pero, ¿cómo podemos llegar al Paraíso? ¿Cuál es el camino a seguir? Esta es la frase decisiva de Jesús. Lo dice hoy: «Yo soy el camino» (v. 6). Jesús es el camino para subir al cielo: tener una relación abierta con Él, imitarlo en el amor, seguir sus pasos. Y yo, cristiano, tú, cristiano, cada uno de nosotros, cristianos, podemos preguntarnos: “¿Qué camino sigo?”. Hay caminos que no llevan al Cielo: los caminos de la mundanidad, los caminos para cerrarse, los caminos del poder egoísta. Y está el camino de Jesús, el camino del amor humilde, de la oración, de la mansedumbre, de la confianza, del servicio a los demás. No es el camino de mi protagonismo, es el camino de Jesús como protagonista de mi vida. Es ir adelante cada día preguntándole: “Jesús, qué

piensas de esta decisión que he tomado? ¿Qué harías en esta situación, con estas personas?”. Nos hará bien preguntar a Jesús cuál es el camino, las indicaciones para el Cielo. Que la Virgen, Reina del Cielo, nos ayude a seguir a Jesús, que ha nos ha abierto el Paraíso.

Al finalizar el Regina Coeli, antes de asomarse a la ventana para impartir la bendición en la plaza vacía de San Pedro, el Papa hizo un llamamiento a los jefes de la Unión Europea. Después, en el cuadragésimo aniversario de la primera visita de Juan Pablo II a África, recordó el grito de dolor por el pueblo del Sahel, relanzando la iniciativa ecológica que tiene por objeto plantar un millón de árboles en la región. Finalmente tuvo palabras de «gratitud y afecto para todas las madres» en el día en que muchos países celebraron su fiesta.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Hoy acompaño con mi pensamiento a Europa y África. A Europa, con motivo del 70º aniversario de la Declaración Schuman, del 9 de mayo de 1950, que inspiró el proceso de integración europea, permitiendo la reconciliación de los pueblos del continente, después de la Segunda Guerra Mundial, y el largo período de estabilidad y paz del que nos beneficiamos hoy en día. Que el espíritu de la Declaración Schuman no deje de inspirar a los responsables de la Unión Europea que deben hacer frente a las consecuencias sociales y económicas de la pandemia con un espíritu de armonía y cooperación.

Y dirijo mi mirada también a África porque el 10 de mayo de 1980, hace cuarenta años, San Juan Pablo II, durante su primera visita pastoral a ese continente, dio voz al clamor de la población del Sahel, duramente azotada por la sequía.

Hoy felicito a los jóvenes que se han comprometido con la iniciativa “Laudato Si’ Árboles”. El objetivo es plantar al menos un millón de árboles en la región del Sahel que formarán parte de la “Gran Muralla Verde de África”. Espero que muchos sigan el ejemplo de solidaridad de estos jóvenes.

Y hoy, en muchos países, se celebra el Día de la Madre. Quiero recordar a todas las madres con gratitud y afecto, encomendándolas a la protección de María, nuestra Madre celestial. Mis pensamientos también van a las madres que han pasado a la otra vida y nos acompañan desde el Cielo. Tengamos un momento de silencio para recordar cada uno a su madre. [silencio]

Os deseo a todos un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y adiós.



La celebración en Argentina de Nuestra Señora de Luján

Como una única familia

A puerta cerrada en las iglesias (debido a las restricciones impuestas por el coronavirus) pero con miles y miles de personas conectadas en los medios de comunicación social en todo el país, Argentina celebró el día 8 de mayo la fiesta de su patrona, Nuestra Señora de Luján. El acto central tuvo lugar en el santuario nacional, a unos setenta kilómetros de Buenos Aires, donde el arzobispo de Mercedes-Luján, Jorge Eduardo Scheinig, presidió la misa junto con el obispo de San Isidro, Oscar Vicente Ojea, presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, y los sacerdotes de la basílica. “Físicamente somos muy pocos”, señaló monseñor Scheinig, “pero espiritualmente estamos absolutamente todas y todos”.

El prelado recordó en su homilía a los fallecidos y los enfermos, con sus familias, los trabajadores de la salud, los que buscan una vacuna, los más pobres, los sin techo, los ancianos, los discapacitados, los padres, los niños, las mujeres que sufren violencia, los presos, los sacerdotes, las monjas, los religiosos, los diáconos, todas las provincias, todas las ciudades: “Aquí está el pueblo Argentino, muy especialmente los afectados en este tiempo de pandemia”, apuntó el arzobispo. Y subrayó: “Y muy especialmente, está nuestro querido Papa Francisco, que en esa hermosa carta que nos envió hace unos días nos decía: ‘Estaré espiritualmente junto a Ustedes, como peregrino espiritual y ‘virtual’”.

Para el Arzobispo de Mercedes-Luján, “es un momento muy delicado de la vida de la Patria y necesitamos estar juntos en el corazón de nuestra Madre, María de Luján”, puesto que “Ella, llena de ternura, siempre, a toda hora y en toda circunstancia nos recibe a todos”. El prelado pidió también “que nadie se quede afuera de este encuentro familiar”. Y recordó que “hace casi 400 años que esta pequeña imagen de la Limpia y Pura Concepción quiso quedarse en nuestras tierras y está aquí como Nuestra Señora de Luján”. “Es mucho tiempo” apuntó el arzobispo. Y agregó: “Tiempo que sin decir palabras, viene acompañando a esta bendita Nación, atrayendo y recibiendo al pueblo peregrino en cada una de sus circunstancias y vicisitudes, en los momentos de alegría y de dolor. Está aquí, enamorando y protegiendo a cada una y a cada uno; escuchando, sosteniendo, sanando, fortaleciendo, animando”.

Monseñor Scheinig evocó también las palabras de que el Papa escribió en su carta: “La miraré una vez más

y, también una vez más, me dejaré mirar por Ella. Esa mirada de madre que te renueva, te cuida, te da fuerzas”. Y añadió el arzobispo de Luján:

“En ese cruce de miradas todos sentimos que nos va cambiando la vida”.

El prelado también habló de la dificultad de este tiempo de pandemia, “sabemos que lo que viene es muy serio y duro. Nos hará mucho bien recordar permanentemente la fuerza del Amor de Dios y de María”, señaló. Y resaltó: “Con su mirada, nuestra Madre de Luján nos transmite lo que Ella recibió de su Hijo, y nos comunica a lo más íntimo del corazón de cada uno y del mismo corazón del pueblo, que es posible volver a nacer de lo Alto; que podemos estar crucificados pero no vencidos; que el sufrimiento vivido en el amor nos une y nos hace solidarios; que la cruz nos deja heridas y marcas, pero que son la identidad de una vida entregada; que el amor paciente nos hace fuertes para luchar las grandes y pequeñas batallas de la vida; que sudar sangre y quedar desfigurados por soportar injusticias, le-

“

Te pedimos que nos enseñes a transitar este momento tan importante y delicado de la historia de la humanidad con profundos deseos de novedad. Que nos enseñes cómo ser una Nación que aprendiendo del pasado y de este presente tan distinto a todo lo vivido, nos apasionemos por un futuro más humano y más justo para todos tus hijos e hijas. Que nos eduques en un nuevo modo de ser, y de hacer un pueblo más libre, soberano y solidario, cómo hacer para que tantos dolores compartidos lejos de resentirnos y amargarnos nos impulsen a un cambio verdadero y profundo

jos de sacarnos dignidad nos hace limpios de corazón; que el calvario compartido con otros nos humaniza y deja siempre lugar para el perdón. María nos mira y nos da la seguridad de que Dios hace nuevas todas las cosas. Y tanto Amor, nos llena de esperanza”.

En la homilía, el arzobispo también elevó una oración a la patrona de Argentina: “Te pedimos que nos enseñes a transitar este momento tan importante y delicado de la historia de la humanidad con profundos deseos de novedad. Que nos enseñes



mentos constitutivos y felices de la vida de nuestro pueblo”, como el nacimiento de la Patria, la Independencia, la Constitución, la vida democrática, las tradiciones, las fiestas populares, el crecimiento de la Nación. Y agregó: “Pero también de situaciones de rupturas, peleas, de profundos desencuentros y enfrentamientos, de pobreza y de hambre”. También señaló: “Estoy seguro -y entiendo que es una certeza que compartimos- que Nuestra Señora de Luján, como toda madre, vive haciendo infinitas cosas visibles e invisibles para sostenernos como familia, no como un grupo, sino como una familia”.

El arzobispo de Mercedes - Luján insistió en la idea de

comunidad y puntualizó que “el problema no son las diferencias, las discusiones, las ideas y los proyectos distintos, el problema más hondo que tenemos es ojalá no se nos convierta en pandemia, es no poder asumimos como una gran familia, como una misma comunidad de origen y de destino”.

También indicó que la presencia de la Virgen de Luján en el corazón de una enorme mayoría de nuestro pueblo es tan fuerte que “en Ella, podemos encontrar un motivo de profunda comunión que nos ayude a sentir que estamos juntos en la misma barca”. Y recordó las palabras del Papa Francisco en la bendición Urbi et Orbi del 27 de marzo pasado en una plaza de San Pedro desierta y al mismo tiempo llena: “Nos dimos cuenta de que estábamos todos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos...”.

Monseñor Jorge Eduardo Scheinig también evocó las palabras recientes de los curas de Villas y Barrios Populares de la capital y provincia que en una carta enviada el 5 de mayo, que “es de alguna manera un grito de alerta y de esperanza”, expresaban algo parecido a lo dicho por Francisco: “Los pobres nos enseñan que los tiempos difíciles son para unir y no para que nos sigamos dividiendo”.

El arzobispo de Mercedes - Luján concluyó su homilía con una exhortación: “Pidámosle a Ella la fuerza para la vida de todos los días y la valentía para vivir como una Nación que desea renovar su unidad, de tal modo que con osadía, creatividad y una esperanza cierta, podamos superar juntos este tiempo de pandemia y a afrontar todos los tiempos que se vienen, que sin duda serán difíciles, arduos y desafiantes”.

cómo ser una Nación que aprendiendo del pasado y de este presente tan distinto a todo lo vivido, nos apasionemos por un futuro más humano y más justo para todos tus hijos e hijas. Que nos eduques en un nuevo modo de ser, y de hacer un pueblo más libre, soberano y solidario, cómo hacer para que tantos

dolores compartidos lejos de resentirnos y amargarnos nos impulsen a un cambio verdadero y profundo”.

Y retomó nuevamente las palabras de Francisco en su carta: “Le pediré que nos cuide y -porque soy pecador- le pediré que nos dé la gracia de pedir siempre perdón, de no cansarnos de pedir perdón... porque sabemos que Su Hijo no se cansa de perdonar. Y le haré la promesa de portarme mejor”.

A lo largo de estos 400 años, recordó el arzobispo, María de Luján ha sido “testigo privilegiado de mo-

“ En este momento histórico, marcado por la emergencia sanitaria mundial a causa de la pandemia del virus Covid-19, hemos redescubierto la importancia del rol del personal de enfermería, como también el de partería

”
Diariamente presenciamos el testimonio de valentía y sacrificio de los agentes sanitarios, en particular de las enfermeras y enfermeros, quienes con profesionalidad, sacrificio, responsabilidad y amor por los demás ayudan a las personas afectadas por el virus, incluso poniendo en riesgo la propia salud



Mensaje del Papa por el Día internacional de la Enfermería

Invertir en sanidad, como bien común primario

El Papa Francisco envió el 12 de mayo, Día Internacional de la Enfermería el mensaje que publicamos a continuación, en el que subraya la importante labor de estos sanitarios en estos tiempos de pandemia. El Pontífice señala también que es importante reconocer efectivamente el papel esencial que desempeña esta profesión en diferentes campos y envía palabras de gratitud y afecto a quienes “como buenos samaritanos”, con «profesionalidad, sacrificio, responsabilidad y amor por los demás ayudan a las personas afectadas por el virus, incluso poniendo en riesgo la propia salud».

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy el Día Internacional de la Enfermería, en el contexto del Año Internacional del Personal de Enfermería y Partería convocado por la Organización Mundial de la Salud. En este mismo día también recordamos el bicentenario del nacimiento de Florence Nightingale, con quien dio inicio la enfermería moderna.

En este momento histórico, marcado por la emergencia sanitaria mundial a causa de la pandemia del virus Covid-19, hemos redescubierto la importancia del rol del personal de enfermería, como también el de partería. Diariamente presenciamos el testimonio de valentía y sacrificio de los agentes sanitarios, en particular de las enfermeras y enfermeros, quienes con profesionalidad, sacrificio, responsabilidad y amor por los demás ayudan a las personas afectadas por el virus, incluso poniendo en riesgo la propia salud. Prueba de ello es el hecho de que, desgraciadamente, un elevado número de

agentes sanitarios han muerto al cumplir fielmente con su servicio. Rezo por ellos —el Señor conoce el nombre de cada uno— y por todas las víctimas de esta epidemia. Que el Señor resucitado les conceda la luz eterna y a sus familias el consuelo de la fe.

El personal de enfermería siempre ha desempeñado un papel central en la asistencia sanitaria. Todos los días experimentan, con la cercanía a los enfermos, el trauma que causa el sufrimiento en la vida de una persona. Son hombres y mujeres que han dicho “sí” a una vocación particular: la de ser buenos samaritanos que se hacen cargo de la vida y de las heridas de los demás. Custodios y servidores de la vida que, mientras administran las terapias necesarias, infunden ánimo, esperanza y confianza.

Queridas enfermeras y queridos enfermeros: La responsabilidad moral guía vuestra profesionalidad, que no se reduce al conocimiento científico-técnico, sino que está constantemente iluminada por la relación humana y humanizadora con el paciente. «Al cuidar a mujeres y hombres, niños y ancianos, en todas las etapas de su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, participáis en una escucha continua, encaminada a comprender cuáles son las necesidades de ese enfermo, en la etapa que está atravesando. De hecho, frente a la singularidad de cada situación, nunca es suficiente seguir una fórmula, sino que se requiere un continuo —y fatigoso!— esfuerzo de discernimiento y atención a cada persona».

Vosotros —y también pienso en las parteras— estáis al lado de las personas en los momentos cruciales de su existencia, nacimiento y muerte, enferme-

dad y recuperación, para ayudarlas a superar las situaciones más traumáticas. A veces estáis junto a ellos cuando fallecen, dándoles consuelo y alivio en los últimos momentos. Por esta entrega vuestra, formáis parte de los “santos de la puerta de al lado”.³ Sois la imagen de la Iglesia, “hospital de campaña”, que continúa llevando a cabo la misión de Jesucristo, que se acercó y curó a las personas que sufrían todo tipo de males y se arrojó para lavar los pies de sus discípulos. ¡Gracias por vuestro servicio a la humanidad!

En tantos países, la pandemia también ha evidenciado muchas deficiencias en la atención sanitaria. Por esto, me dirijo a los jefes de las naciones de todo el mundo, para que inviertan en sanidad, como bien común primario, fortaleciendo las estructuras y designando más personal de enfermería, para garantizar a todos un servicio de atención adecuado y respetuoso de la dignidad de cada persona. Es importante reconocer efectivamente el papel esencial que desempeña esta profesión para la atención al paciente, para la actividad de emergencia territorial, la prevención de enfermedades, la promoción de la salud, la asistencia en el sector familiar, comunitario y escolar.

Los enfermeros y enfermeras, así como las comadronas, tienen derecho y merecen estar más valorizados e involucrados en los procesos que afectan a la salud de las personas y de la comunidad. Se ha demostrado que invertir en ellos favorece los resultados en términos de atención y salud en general. Por lo tanto, es preciso potenciar su perfil profesional proporcionando herramientas científicas, humanas, psicológicas y espirituales para su adecuada formación; así como mejorar sus condiciones de trabajo y garantizar sus derechos para que puedan llevar a cabo su servicio con plena dignidad.

En este sentido, las asociaciones de agentes de la sanidad tienen un papel importante, pues, además de ofrecer una estructura orgánica, acompañan a cada uno de sus miembros, haciéndolos sentir parte de un cuerpo unitario y no se sientan perdidos y solos frente a los desafíos éticos, económicos y humanos, que conlleva la profesión.

De modo particular, las comadronas, que asisten a las mujeres embarazadas y las ayudan a dar a luz a sus hijos, os digo: vuestro trabajo es uno de los más nobles que existen, dedicado directamente al servicio de la vida y de la maternidad. En la Biblia, los nombres de las dos parteras heroicas, Sifrá y Puá, se immortalizan al comienzo del libro del Éxodo (cf. 1,15-21). También hoy el Padre celestial os mira con gratitud.

Queridos enfermeros, queridas enfermeras y personal de obstetricia, que este aniversario coloque la dignidad de vuestro trabajo en el centro, en beneficio de la salud de toda la sociedad. A vosotros, a vuestras familias y a todos los que atendéis, aseguro mi oración e imparto cordialmente la bendición apostólica.

Roma, San Juan de Letrán, 12 de mayo de 2020.

1. Cf. Nueva Carta a los Agentes sanitarios, nn. 1-8.

2. Discurso a los miembros de la Federación de Colegios profesionales de enfermeros, 3 marzo 2018.

3. Cf. Homilía, 9 abril 2020.

Las homilías del Pontífice

Misa en Santa Marta

Rezar juntos como hermanos por el fin de la pandemia

El Comité superior para la Fraternidad Humana ha convocado hoy una jornada de oración y ayuno, para pedir a Dios misericordia y piedad en este momento trágico de la pandemia. Todos somos hermanos. Decía san Francisco de Asís: "Todos hermanos". Y por esto, hombres y mujeres de todas las confesiones religiosas nos unimos hoy en oración y penitencia, para pedir la gracia de la curación de esta pandemia.

En la primera lectura escuchamos la historia de Jonás, en el estilo de la época (cf. Jonás 3, 1-10). Dado que había "alguna pandemia", no sabemos, en la ciudad de Nínive, quizás una "pandemia moral", [la ciudad] estaba a punto de ser destruida (cf. v. 4). Y Dios envía a Jonás a predicar: oración y penitencia, oración y ayuno (cf. vv. 7-8). Ante esa pandemia, [en un primer momento] Jonás se asustó y escapó (cf. Jonás 1, 3). Después el Señor lo llamó por segunda vez y el aceptó ir a predicar esto (cf. Jon 3, 1-3). Y hoy todos nosotros, hermanos y hermanas de todas las tradiciones religiosas, rezamos: día de oración y ayuno, de penitencia, convocada por el Comité superior para la Fraternidad Humana. Cada uno de nosotros reza, las comunidades rezan, las confesiones religiosas rezan, rezan a Dios: todos hermanos, unidos en la fraternidad que nos une en este momento de dolor y tragedia.

No esperábamos esta pandemia, llegó sin que lo esperáramos, pero ahora está aquí. Y mucha gente muere. Mucha gente muere sola y mucha gente muere sin poder hacer nada. Puede que a veces pensemos: "A mí esto no me toca, gracias a Dios me he salvado". ¡Pero piensa en los demás! Piensa en la tragedia y también en las consecuencias económicas, las consecuencias en la educación, las consecuencias..., lo que sucederá después. Y por eso hoy, todos, hermanos y hermanas, de cualquier confesión religiosa, rezamos a Dios. Quizás haya alguien que diga: "Esto es relativismo religioso y no se puede hacer". Pero, ¿cómo que no se puede hacer, rezar al Padre de todos? Cada uno reza como sabe, como puede, como lo ha recibido de su propia cultura. No estamos rezando unos contra otros, esta tradición religiosa contra aquella, ¡no! Todos estamos unidos como seres humanos, como hermanos, rezando a Dios, según la propia cultura, según la propia tradición, según las propias creencias, pero hermanos y rezando a Dios, ¡esto es lo importante! Hermanos, ayunando, pidiéndole perdón a Dios por nuestros pecados, para que el Señor tenga misericordia de nosotros, para que el Señor nos perdone, para que el Señor detenga esta pandemia. Hoy es un día de fraternidad, mirando al único Padre: hermanos y paternidad. Día de oración.

Nosotros, el año pasado, en noviembre del año pasado, no sabíamos qué era una pandemia: vino como un diluvio, vino de repente. Ahora nos estamos despertando un poco. Pero hay muchas otras pandemias que hacen morir a la gente y no nos damos cuenta, miramos para otro lado. Somos un poco inconscientes ante las tragedias que están sucediendo en el mundo en este momento. Solo quisiera mencionar una estadística oficial de los primeros cuatro meses de este año, que no habla de la pandemia de coronavirus, habla de otra. En los primeros cuatro meses de este año, 3 millones y 700 mil personas murieron de hambre. Existe la pandemia del hambre. En cuatro meses, casi 4 millones de personas. Esta oración de hoy, para pedirle al Señor que pare esta pandemia, debe hacernos pensar en las otras pandemias del mundo. ¡Hay muchas! La pandemia de las guerras, del hambre y muchas otras. Pero lo importante es que hoy —juntos y gracias al coraje que ha tenido este Comité superior para la Fraternidad Humana—, juntos hemos sido invitados a rezar cada uno según su propia tradición y a hacer un día de penitencia, ayuno y también de caridad, de ayuda a los demás. Esto es lo importante. En el libro de Jonás, escuchamos que el Señor, cuando vio cómo había reaccionado el pueblo, que se había convertido, se detuvo, detuvo lo que quería hacer.

Que Dios detenga esta tragedia, detenga esta pandemia. Que Dios se apiade de nosotros y detenga también otras pandemias horribles: la del hambre, la de la guerra, la de los niños que no reciben educación. Y pidamos esto como hermanos, todos juntos. Que Dios bendiga a todos y tenga piedad de nosotros.



Declaración del director de la Oficina de prensa de la Santa Sede

Respondiendo a las preguntas de los periodistas, el director de la Oficina de prensa de la Santa Sede, Matteo Bruni, ha confirmado que el «18 de mayo, en memoria del centenario del nacimiento de san Juan Pablo II, el Santo Padre celebrará la misa matutina en directo a las 7 de la mañana, en la capilla de la tumba del santo en la basílica Vaticana». El mismo día, ha añadido, «retomará en Italia —y ya se ha retomado en muchas partes del mundo— la celebración de la misa con la asistencia de fieles. Por este motivo, desde el día sucesivo, 19 de mayo, cesará la transmisión en directo de las misas matutinas de Casa Santa Marta». «Como ha tenido modo de explicar los días anteriores —ha explicado Bruni— el Papa auspicia que el Pueblo de Dios pueda así volver a la familiaridad comunitaria con el Señor en los sacramentos, participando en la liturgia dominical, y retomando, también en las iglesias, la asistencia cotidiana del Señor y de su Palabra».

Comunicado de la Congregación para la Educación Católica

Unidos por una alianza educativa

La Congregación para la Educación Católica renueva su cercanía y expresa su profundo reconocimiento a las comunidades educativas de las instituciones escolares y universitarias católicas, que en este período de emergencia sanitaria están gestionando el grande esfuerzo para asegurar -a pesar de las dificultades de distanciamiento social- la realización de sus actividades escolares y académicas para garantizar la continuidad y la conclusión del año en curso.

El 14 de mayo se tendría que haber celebrado el Pacto Educativo Mundial, deseado por Papa Francisco para tomar conciencia de la responsabilidad que todos tenemos con respecto a la educación, a fin de alimentar el espíritu de encuentro entre las generaciones, las religiones y las culturas, así como entre el hombre y el medio ambiente.

La tragedia común de la pandemia, que une como nunca antes a todos los pueblos de la Tierra, hace que este llamamiento sea aún más conmemorativo. Por lo tanto, no hay una solución alternativa: todos estamos llamados a «unir los esfuerzos por una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar

“No hay una solución alternativa: todos estamos llamados a unir los esfuerzos por una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna



fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna (Papa Francisco, Mensaje para el lanzamiento del Pacto Educativo, 12 de septiembre de 2019).

La propuesta del Comité Superior de Fraternidad Humana de dedicar el 14 de mayo a la oración, el ayuno y las obras de caridad para ayudar a la humanidad a superar la pandemia del coronavirus, a la que se ha unido el Papa Francisco, es plenamente acogida por las instituciones educativas que se unen para hacer de esta ocasión una etapa en la que podamos encomendarnos a Dios, Padre de todos, fuente de vida y esperanza. De la mirada dirigida al único Señor nos viene el valor de desarrollar, también a través de la educación, ese movimiento de unidad y solidaridad entre las personas, las religiones y las culturas, que podrá generar una humanidad renovada.

En la firme voluntad de ponernos al servicio de nuestras comunidades, caminamos juntos por los senderos del diálogo y la comprensión. Al compartir, respetar y acoger a los demás, una nueva humanidad cuidará no sólo de sus hijos sino también de la naturaleza que la rodea y de cuya maravilla se alimenta. Al evocar este llamamiento lleno de esperanza, es motivo de alegría recordar que mantendremos el contacto a través de un momento telemático de profundización del Pacto Educativo Mundial el próximo 15 de octubre de 2020 con modo remoto y enlaces de todo el mundo.

Vaticano, 14 de mayo de 2020.

En la audiencia general el Papa continúa las catequesis dedicadas a la oración

Dios es como un padre al que se puede pedir todo

Un padre al que se le puede pedir todo: es esta la tierna imagen de Dios elegida por Francisco para hablar de la oración en la audiencia general del miércoles 13 de mayo, que se llevó a cabo en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano, sin la presencia de fieles, con motivo de las restricciones impuestas por la pandemia de covid-19. Retomando el ciclo de catequesis inauguradas la semana pasada, el Pontífice comentó la lectura bíblica extraída del libro de los Salmos (63, 2-5,9) para profundizar el tema de la oración del cristiano.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Damos hoy el segundo paso en el camino de catequesis sobre la oración, iniciado la semana pasada. La oración pertenece a todos: a los hombres de todas las religiones y probablemente también a aquellos que no profesan ninguna. La oración nace en el secreto de nosotros mismos, en ese lugar interior que a menudo los autores espirituales llaman "corazón" (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 2562-2563). Rezar, por lo tanto, en nosotros no es algo periférico, no es una facultad nuestra secundaria y marginal, sino que es el misterio más íntimo de nosotros mismos. Es este misterio el que reza. Las emociones rezan, pero no se puede decir que la oración es solo emoción. La inteligencia reza, pero rezar no es solo un acto intelectual. El cuerpo reza, pero se puede hablar con Dios también en la más grave invalidez. Es, por lo tanto, todo el

permanece escondido, sino que ofrece su amistad a los hombres. Dios revela su gloria en la pobreza de Belén, en la contemplación de los Magos, en el bautismo en el Jordán, en el prodigio de las bodas de Caná. El Evangelio de Juan concluye con una afirmación sintética el gran himno del Prólogo: "A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado" (1, 18). Fue Jesús quien nos reveló a Dios.

La oración del cristiano entra en relación con el Dios del rostro tierno, que no quiere infundir ningún miedo a los hombres. Esta es la primera característica de la oración cristiana. Si los hombres estaban acostumbrados desde siempre a acercarse a Dios un poco intimidados, un poco asustados por este misterio fascinante y tremendo, si estaban acostumbrados a venerarlo con una actitud servil, similar a la de un súbdito que no quiere faltar el respeto a su señor, los cristianos se dirigen, en cambio, a Él osando llamarlo de forma confidente con el nombre de "Padre". Es más, Jesús usa la otra palabra: "papá".

El cristianismo ha prohibido todas las relaciones "feudales" con Dios. En el patrimonio de nuestra fe no están presentes expresiones como "subordinación", "esclavitud" o "vasallaje"; pero sí palabras como "alianza", "amistad", "promesa", "comunión", "cercanía". En su largo discurso de despedida a los discípulos, Jesús dice así: "No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos,

tra definitivamente en la Última Cena, cuando dice: "Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros" (Lucas 22, 20). En ese gesto Jesús anticipa en el cenáculo el misterio de la Cruz. Dios es aliado fiel: si los hombres dejan de amar, Él sigue queriéndolos, incluso si el amor conduce al Calvario. Dios está siempre cerca de la puerta de nuestro corazón y espera a que le abramos. Y a veces llama al corazón pero no es invasivo: espera. La paciencia de Dios con nosotros es la paciencia de un padre, de alguien que quiere tanto. Diría que es la paciencia conjunta de un padre y de una madre. Siempre cerca de nuestro corazón, y cuando llama lo hace con ternura y con tanto amor.

Probemos todos a rezar así, entrando en el misterio de la Alianza. A meternos en la oración entre los brazos misericordiosos de Dios, a sentirnos envueltos por ese misterio de felicidad que es la vida trinitaria, a sentirnos como invitados que no merecían tanto honor. Y a repetir a Dios, en el estupor de la oración: ¿Es posible que Tú conozcas solo el amor? Él no conoce el odio. Él es odiado, pero no conoce el odio. Conoce solo el amor. Este es el Dios al que rezamos. Este es el núcleo incandescente de toda oración cristiana. El Dios de amor, el Padre nuestro que nos espera y nos acompaña.

Al finalizar la catequesis, antes de rezar el Padre Nuestro e impartir la bendición, el Pontífice se dirigió

"A los hombres de todas las religiones y probablemente también a aquellos que no profesan ninguna. La oración nace en el secreto de nosotros mismos, en ese lugar interior que a menudo los autores espirituales llaman corazón"



hombre el que reza, reza su "corazón".

La oración es un impulso, es una invocación que más allá de nosotros mismos: algo que nace de en la intimidad de nuestra persona y se extiende, porque percibe la nostalgia de un encuentro. Esa nostalgia que es más que una necesidad: es un camino. La oración es la voz de un "yo" que tantea, que va a tiendas, en busca de un "Tú". El encuentro entre el "yo" y el "Tú" no se puede hacer con las calculadoras: es un encuentro humano y muchas veces se va a tiendas para encontrar el "Tú" que mi "yo" está buscando.

La oración del cristiano nace, en cambio, de una revelación: el "Tú" no se ha quedado envuelto en el misterio sino que ha entrado en relación con nosotros. El cristianismo es la religión que celebra continuamente la "manifestación" de Dios, es decir, su epifanía. Las primeras fiestas del año litúrgico son la celebración de este Dios que no

porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda" (Juan 15, 15-16). Pero esto es un cheque en blanco: "Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concedo".

Dios es el amigo, el aliado, el esposo. En la oración se puede establecer una relación de confianza con Él, tanto es cierto que en el "Padre nuestro" Jesús nos ha enseñado a dirigirle una serie de preguntas. A Dios le podemos pedir todo, todo; explicar todo, contar todo. No importa si en la relación con Dios nos sentimos nos sentimos culpables: no somos buenos amigos, no somos hijos agradecidos, no somos esposos fieles. Él continúa queriéndonos. Es lo que Jesús demues-

a los diferentes grupos de fieles que siguen la audiencia a través de los medios. En particular, en el día de la Virgen de Fátima, recordó el atentado de 1981 contra Juan Pablo II y el inminente centenario de su nacimiento.

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española que siguen esta catequesis a través de los medios de comunicación social. Los animo a entablar esa relación filial, de amistad y confianza con el Señor, pidiéndole lo que necesitan para su vida y, de manera particular, por aquellos que están a nuestro lado y sabemos que están necesitados, para que Dios, como Padre bueno, haga brillar su rostro sobre ellos y les conceda la paz. Que Nuestra Señora de Fátima, cuya memoria celebramos hoy, interceda por cada uno de ustedes. Que Dios los bendiga.